

En el delicioso romance matemático de Norton Juster: “La recta y el punto”,
donde relata los amores de la recta por el punto, éste la
desprecia porque es tiesa como un palo: aburrida, convencional y frustrada.
Pasiva, tímida y amargada. Oprimida, reprimida y reseca... La
recta no se da por vencida y aprende a ser libre, a doblarse y construir
figuras y muestra al punto que puede ser misteriosa, inteligente, atractiva,
profunda, compleja, culta, elocuente, enigmática, seductora...
El punto se enamora de la recta para siempre.

Miguel Calatayud mezcla la ilustración con el cómic y la literatura, nos relata
magistralmente nuevas aventuras de la recta y el punto que confirman,
y amplían, todas las virtudes de la línea. Sus dibujos nos producen
dos impresiones inmediatas: la densidad de historias, de personas y de cosas
que esconde cada uno, armoniosamente encajadas, y el
predominio de la línea recta. Los colores -fríos, tibios o calientes- no son un
simple añadido para dar volumen, ayudan a imaginar el
relato, aumentan o quitan dramatismo a la acción y crean una atmósfera
surrealista. Todo adquiere movimiento como en un sueño, en el que se
rompen las convenciones de las leyes de la simetría y de la
proyectiva –“las mentiras de la perspectiva”, como dice Miguel–.
El observador tiene la ocasión de recordar esas leyes, y descubre que, al
romperlas, se producen ilusiones inesperadas.

Las figuras euclidianas, polígonos, poliedros, ondas, espirales... adquieren
aquí vida y funcionalidad: Los triángulos son dientes,
narices, coronas de luz, escamas de serpiente, cuellos o bolsillos. La curva es
un rabo de tigre, una planta o una serpiente. Un cono puede ser un sombrero,
una torre o un brazo. Un prisma puede ser una casa, una
torre, un cuerpo. Un arco representa un ojo, un rayo de luz, una oreja o un
sombrero. Las estrellas del firmamento son pequeñas, amables,
pentagonales, como el pentagrama pitagórico; pero también
hay algunas estrellas grandes, poliédricas, que pinchan al mirarlas. Los
tetraedros, colocados en el suelo, sobre una de sus aristas, cortan. Las
espirales son hojas de palmera, trompas de mariposa, olas que
empaquetan. Un círculo es el sol, la luna, un ojo, una mancha sobre la piel del
gato, un reloj. Las ondas son banderas, serpientes, hojas,
luces que transportan. Los fractales son nubes y manchas... En suma, un
código propio para captar el mundo.

Miguel Calatayud muestra con maestría el poder metafórico del arte en la geometría, y, recíprocamente, la influencia de la geometría en el arte. Nos invita a darles vida a las formas, a reflexionar sobre nuestra percepción del mundo real y, sobre todo, a gozar de las historias que nos cuenta, en las que se integran inseparablemente texto e ilustración.

Eliseo Borrás. Noviembre 2006

MIGUEL CALATAYUD



